

CAPÍTULO III

MI PRIMERA INFANCIA

SUMARIO

| | |
|---|--------------|
| 1. Los primeros cinco años. ¿Juguetes? | III-1 / 125 |
| 1.1. Primera secuela..... | III-2 / 126 |
| 1.2. Segunda secuela..... | III-3 / 127 |
| 2. <i>Flashback / Flashforward</i> . Los últimos años: Juguetes para la <i>PC</i> , antes de la tableta..... | III-4 / 128 |
| 3 El nuevo juguete maravilloso | III-5 / 129 |
| 4. Compartir..... | III-5 / 129 |
| 5. Servir y ser servido..... | III-6 / 130 |
| 6. <i>La Perle du Lac</i> | III-8 / 132 |
| 7. El antipóster..... | III-10 / 134 |
| 8. El arte de la no pelea | III-10 / 134 |
| 9. Mi rebeldía frente al poder | III-12 / 136 |
| 9.1. Año del Libertador General San Martín..... | III-13 / 137 |
| 9.2. <i>My Reason for Living</i> | III-13 / 137 |
| 9.3. El periódico “Enfoques” | III-13 / 137 |
| 9.4. El acto y sus prolegómenos | III-14 / 138 |
| 9.5. Otras connotaciones del año 1955 | III-15 / 139 |
| 9.6. Dos actos fuera de contexto | III-16 / 140 |
| 10. Gordillo y el miedo al hambre | III-16 / 140 |
| 11. Felicidad. Descanso | III-18 / 142 |
| 12. El deseo de leer..... | III-18 / 142 |

| | |
|--|--------------|
| 13. Aprobado, bueno, distinguido, ¿sobresaliente?..... | III-19 / 143 |
| 14. La realidad: El otro capítulo..... | III-20 / 144 |

Capítulo III
MI PRIMERA INFANCIA

1. *Los primeros cinco años. ¿Juguetes?*

Mi padre recordaba que según un gran educador, lo principal de la enseñanza eran los primeros cinco años. Su anécdota preferida era que a ese educador le llevaron un niño de tal edad para que lo educara y contestó:

—“Ya es demasiado tarde.”

Todo el impulso que tuve después, se puede tal vez rastrear a esos primeros cinco años iniciales, pero no los tengo en mi mente.

He intentado vagamente indagar con los profesionales de la mente en el sentido de si la presunta o imaginable insatisfacción de mi padre con su propia vida, producto de la desgracia familiar, era algo que me había transmitido a mí como carga ajena.

Mi opinión es que no. Nunca lo vi como un intelectual fracasado, pues sus intereses estaban más cercanos de lo físico; sino como alguien que, advirtiendo mi poca inclinación al esfuerzo físico, concluyó claramente que mi única salida era la intelectual.

Comparo algo de su infancia y la mía, hasta donde puedo, en las pp. 203-4.

Así, en esos para mí ignotos primeros cinco años, supuestamente le pedí que me enseñaran a leer. Mi duda actual es si realmente le pedí, en esa temprana edad, aprender a leer para entender las tiras cómicas. Ese habría sido el motivo por el cual fui alumno particular de la directora de la escuela y pude saltar primer grado inferior. Difusos recuerdos me hacen sentir cierta la historia, pero como eso ocurrió en los primeros cinco años, la etapa para él más importante de la educación, cabe también interrogarse si fui persuadido por él.

También al cumplir cinco años, según mi padre me contó después, resolvió que no recibiera más juguetes. Cuando cuento esta historia, a las mujeres les

resulta triste y tal vez lo sea, pero yo lo viví con naturalidad. En cualquier caso, no recuerdo haber visto tampoco a otros niños con juguetes que yo no tenía: Mi contexto de Ascensión no era uno de chicos con juguetes, en la década del 30 y del 40. No hay pues ninguna referencia comparativa a terceros en mi ausencia infantil de juguetes.

En casa hubo siempre un ambiente de fe en el futuro. Recuerdo que en Avellaneda, una o dos veces al año, nos visitaba un franciscano que se había hecho amigo de mi padre. Venía desde lejos, con sus sandalias descubiertas y su hábito marrón. Lo imagino en una tarea personalmente evangelizadora con mi padre. Fuere lo que fuese, nos trajo un día desde Roma una indulgencia plenaria para papá y nosotros. De los cuatro, quedo solamente yo en vida.

Entre ese ambiente ocasionalmente visitado de santidad y pobreza franciscana, no había lugar para lamentar juguetes no conocidos. Pero en cualquier caso contribuyó mucho, también, que tanto mi padre como mi madre eran muy afectos a contar toda clase de chistes, en los que por norma estaba en juego la agudeza e inteligencia, no la información.

Muchos chistes se referían a profesionales de distintas ramas del conocimiento carentes de destrezas intelectuales, en la mente del repetidor de los chistes. Muchos son, a mi pesar, irreproducibles. De allí vengo yo.

Esa veta humorística me quedó para toda la vida, aunque no la realizo a costa de los profesionales. Trato en cambio, con humor, que tengan imaginación, creatividad, capacidad de observación y sepan pensar. No lo tengo en claro, pero parece que mis clases han sido divertidas, según me cuentan; también me han dicho que este libro por momentos lo es. En ambos casos el humor ayuda a pensar y fijar ideas, disipa las tristezas y enmascara las tragedias.

Además de lo ya contado y a contar, de esa infancia me ha quedado la fe en el futuro y el humorismo, pero hay dos secuelas más, una seria para los demás y la otra divertida para mí.

1.1. *Primera secuela*

Una, no soy afecto a hacer regalos en las ocasiones que la sociedad y la familia estiman que deben ser hechos. En mi familia paterna no hubo regalos de ninguna especie, en ninguna ocasión social, para nadie. No estaba en su cultura ni en sus tradiciones. Por mi parte, creo haber efectuado, con ayuda, los regalos de práctica, pero mi corazón no estuvo ni está allí: El peso de la memoria paterna estará firme hasta mi muerte. Por todo eso es mi mujer quien se ocupa de los regalos familiares y yo envidio la iniciativa de todas las mujeres que se las ingenian para regalar cosas lindas, útiles, baratas, con el arte y la facilidad de preguntar primero y parecerles natural que se cambie después.

Hacer regalos bien es una habilidad que nunca estará conmigo. Creo que es una herencia impensada de mi padre, que computo como “negativa” no por sentirla así, sino en testimonio de respeto a toda la sociedad que piensa distinto a mi padre, porque *yo no le reprocho, en modo alguno, lo que pudo vivir*. En cambio, hago pequeños regalos sin justificación social, cuando la situación lo permite: Tomos, folletos, artículos. Todos escritos por mí. No suena a modesto, lo sé.

1.2. Segunda secuela

La **segunda** secuela es ser lo que se suele llamar un *gadget man*, una persona inclinada a comprarse aparatos a menudo inútiles, pero percibidos como interesantes. Es compensar una infancia sin juguetes. En el dicho “*He who dies with the most toys, wins,*” estoy entre el pelotón de candidatos a ganador, salvo que los juguetes tecnológicos perecen, por obsolescencia acelerada, mucho antes que su propietario.

Me acuerdo, después de mis primeros cinco años, entretenerme clavando clavos en maderas terciadas tratando de unirlos por los cantos, empresa como es obvio infructuosa; pero cuyo fracaso no tomé a mal: A mi manera y en mis posibilidades, jugaba.

De todas maneras, me queda la duda acerca de si alguna vez tuve juguetes y no están mi hermana Hebe ni mi madre Carola (como la llamaban las amigas) para preguntarles. Jamás le hubiera preguntado a mi padre, pues hubiera sido cuestionarle su palabra. Si debo optar, diría que quizás no haya recibido tampoco regalos en los primeros cinco años.

En todo caso, sus esfuerzos para mi educación fueron intensos desde mi primera infancia, pero tengo muchos recuerdos posteriores de ejemplos y orientaciones que fueron de extraordinaria utilidad, mientras viví en nuestra casa. Ese efecto mágico desapareció, lo advierto ahora, cuando me casé y me mudé. Ahí se cortó el cordón umbilical. Quizás yo mismo lo estaba deseando, es una etapa que se cumple.

Entre las cosas inútiles que me compré de grande y que no tiré sino guardo con cariño, hasta tanto se pierdan por el tiempo, figuran pequeños focos para iluminar cuadros en las paredes sin que se vea de dónde viene la luz. El problema es que son de 110v y como requieren entonces adaptador, su intentada discreción desaparece. Y ahora que los hay minúsculos, no tengo ya cuadros que iluminar. Se los llevó la vida.

También me compré unas hermosas piedras de decoración, falsas, de plástico, que adentro tenían reproductores que simulaban música funcional en el jardín, en la terraza, donde quisiera, sin cables. El problema era que al conectarse por

radio recibían transmisiones por error, con lo cual no servían. Aún las tengo, no se por qué.

2. Flashback / Flashforward. *Los últimos años: Juguetes para la PC, antes de la tableta*

He comprado cosas que me resultaron útiles, como un enorme brazo metálico para sostener y girar el monitor cuando pesaba decenas de kilos; diversos tipos de asientos y respaldos para ayudar la posición de la espalda frente a la pantalla, adminículos de diversa altura para colocarla un poco más alto o bajo, pequeños depósitos adheribles al monitor para tener diminutas cosas sueltas a mano; brazos giratorios de luz y para sostener papeles a diferente distancia de la vista, a veces rodeándome en semicírculo, todo tipo de teclados buscando el que mejor se adaptara a mis gustos. He trabajado con dos y tres computadoras y pantallas en simultáneo.

También para evitar problemas con el “codo de tenista” o “codo de pianista,” pues nadie usa otra frase para referirse a los problemas del codo con el teclado, compré una vez en San Francisco un simple pero ingenioso producto escandinavo que se aferra a la mesa y permite apoyar los antebrazos y girarlos horizontalmente en 360 grados, en círculos concéntricos o excéntricos. Imposible describirlo, pero en todo caso descubrí en la práctica que lo mejor es cambiar de posición: Distintas mesas o escritorios, asientos, monitores, teclados, apoya brazos (espaldas, teclados, papeles), para así reducir los movimientos repetitivos que pueden causar dolor.

El cambio constante de posiciones disminuye los dolores aunque se escriba mucho. Los arquitectos con sus mesas de dibujo y elementos complementarios o los odontólogos, son una fuente de inspiración para esta materia. Es la proliferación de monitores, brazos para apoyar papeles a distintas alturas y tenerlos todos a la vista, para contar con el teléfono y otros artículos al alcance de la mano. El entorno del personaje de *García* en *Criminal Minds*, o el del *Nerd* en las películas de parques de dinosaurios, se aproxima bastante, aunque exageradamente como corresponde a una película, al que trato de utilizar cuando las barreras de importación no lo impiden.

La tableta alejó mis dolores de espalda, como mi primer vehículo previno la reaparición de mi sinusitis crónica adolescente. Cuando antes de la tableta táctil todavía utilizaba el teclado, no alcancé a conocer a tiempo los programas que permiten eliminar teclas. Debí recurrir a sistemas rústicos para enfrentar mi problema: Entre mis dificultades con el teclado, sin darme cuenta al utilizar la tecla de mayúscula terminaba apretando la tecla de arriba, la de las mayúsculas permanentes, por varios caracteres hasta que lo advertía y la volvía a pulsar, con lo cual (como no escribí nunca textos que utilicen todo mayúsculas, pues me parecen inelegantes y en todo caso empleo letras tipo versalita para los nombres

y apellidos) eliminé las teclas de mayúscula permanente, por el tosco proceso de arrancarlas o pegarle suplementos a la tecla mayúscula simple para hacerla más alta y así reconocible táctilmente.

También me solían provocar dificultades las tecla de insertar y de borrar cuando hay más de una, de modo que también las eliminaba para disminuir el margen de error al escribir ligero.

3. *El nuevo juguete maravilloso*

Todo eso quedó superado con la tableta. Ofrece una ventaja adicional, la maniobrabilidad de un libro y la posibilidad de colocarla a la distancia y ángulo de la vista que se prefiera. Las nuevas *notebooks* y *tablets* con teclados desprendibles de la pantalla ofrecen algo parecido: Poder acomodar la pantalla a la vista de cada usuario. Seguiré comprando lo que el mercado ofrezca, para experimentar.

Para qué abundar, todo me ha dado placer y me lo sigue dando, aún desde la utilidad de entonces o la inutilidad actual. Seguiré comprando cuanto adminículo tecnológico aparezca, que atrape mi fantasía de serme más útil que los anteriores. ¿Es un resabio de los juguetes que no tuve de niño? No me interesa, me divierto con todos ellos y a veces me resultan también útiles, hasta muy útiles. Mi inconsciente los puede incluso tornar indispensables. Como le dijo un aduanero en EE.UU. a un amigo residente que traía a ese país, desde el suyo y como adorno, una antigua y muy grande máquina de coser, de hierro y con ruedas del mismo metal, “*You couldn’t live without it.*”

4. *Compartir*

Tengo un caleidoscopio de recuerdos de aquellos primeros tiempos, algunos de mi propia memoria, otros provenientes de sus anécdotas. De los que recuerdo en forma directa está el haberme enseñado a ser generoso con los que estuvieran en peor condición económica que yo, lo cual es destacable puesto que éramos pobres, aunque no al punto de pasar hambre ni comer sin proteínas: El lema de mi padre era:

—“Si no comí carne, no comí.”

Él me insistía que si otro chico de la escuela no tenía goma de borrar, debía partir al medio la mía y darle la mitad a él, pero con una advertencia: Nunca pasar por tonto.

De esa enseñanza me quedó compartir con todos la información y las ideas que puedo, cuanto voy descubriendo que los demás aún no las conocen.

Empero, su preocupación por la comida terminó siendo un problema para el resto de mis días. A veces me contaba de sus reclamos a su madre, grande, por

errores que ella habría cometido en su educación, a comienzos del siglo XX. La respuesta de ella, que él me contaba, era:

—“¡Qué quiere, m’hijo, es la ignorancia!”

5. *Servir y ser servido*

Tengo en claro, pero no lo exploro, que todo el tema que sigue en este acápite referido a las propinas, no resulta de mayor interés para algunas de mis lectoras: Deberán saltar éste y el siguiente, porque esta parte de la psicología masculina la conocen y experimentan los hombres.

Se me ocurre este título para contraponerlo, a años luz, al “Ver y ser visto” de otros sectores sociales argentinos, que conocí por las revistas. Imagino que nadie que sea o haya sido parte del “ver y ser visto” se enterará siquiera de este libro y, en cualquier caso, carezco de elementos para la comparación, salvo el hiperbólico retruque andaluz que conforma este pequeño subtítulo.

Vi a mi padre dar propinas a toda persona que le prestara algún servicio. Jamás me dio consejo alguno en tal sentido, pero con el ejemplo basta y sobra, como mi mamá leyendo.

Pero esto plantea aún hoy un problema de género: Por alguna razón misteriosa, las mujeres no suelen dejar mucha propina y no por ello se resiente el servicio que reciben. En el hombre, por ahora, es una parte de sus relaciones interpersonales. Intentaré aquí explicar cómo, en la vivencia de mi padre y mía, son fundamentales para el hombre.

A aquel primer ejemplo le sigue la propia experiencia como mozo en el café de mi padre, desde la infancia hasta recibirme de abogado y después. Allí aprendí a ser veloz y diligente, a trabajar sin el menor atisbo de desgano, a atender bien y de inmediato a toda la gente, según su orden, a saber servir, ser cortés y respetuoso, a no tolerar el maltrato. Se debe estar mirando a todas las mesas, para que un cliente que quiera llamarlo únicamente tenga que levantar la mirada (papá *dixit*), para lograr que el mozo se acerque. Son pocos los mozos en el mundo que están a la altura de estos estándares. Como la gente me daba propina, era parte importante de mi trabajo.

Ver a mi a padre dar propina y recibir yo propinas, fueron pues dos actos paralelos muy formativos, con significado no económico sino moral, además de una necesaria recompensa del trabajo ajeno y una muestra de solidaridad social. En toda película o serie en que un mozo comenta la propia experiencia con algún cliente, el tipo de comentario es análogo, sobre la generosidad o miserabilidad de la propina. Los guionistas han encontrado igual percepción en los demás mozos del mundo.

Cuando, adulto y sin la presencia física y ni siquiera moral perceptible de mi padre a este respecto, repito esa conducta de dar el diez o veinte por ciento

de propina, ponía antes nerviosos, inquietos o críticos a mis hijos y a mi mujer, pues no lograba satisfacerlos con esta explicación, pues doy más propina que la que se estila en mi medio. Lo tomo como un precepto moral, aprendido de mi padre, algo que escapa a la capacidad de decisión, como si fuera un mandato o imperativo categórico kantiano. También, es cierto, me veo en el lugar de la otra persona cuando yo era el que, de adolescente y joven adulto, prestaba el servicio.

Más de una vez, en el país y en el exterior, el destinatario me ha señalado que me debo estar equivocando y entonces contesto que ésa es la propina exacta que quiero darle para expresar mi aprecio por la calidad de los servicios que he recibido. También me permite medir la calidad moral del destinatario, según dé las gracias acorde a la propina o se haga el estúpido pensando que me equivoqué y tratando de que no lo advierta a tiempo. Esta comprobación tiene consecuencias prácticas si la ocasión se repite: La próxima propina será normal conforme las pautas lugareñas.

En cuanto al porcentaje del 10%, es más de lo que se estila en nuestro medio, más de lo que se acostumbra en otras partes del mundo, menos de lo habitual en USA, donde el monto y la obligación social es mucho mayor. En *Top of The World* y otros lugares de lujo de Nueva York cargan un 30% en concepto de propina, de oficio, a la cuenta. En cualquier lugar 15% es lo mínimo normal; al mostrador también se da propina pero algo menos, nunca inferior a un dólar si la consumición es mínima. (Precios de hace muchas décadas.)

En una cadena de restaurantes comunes de Nueva York, de precios razonablemente baratos, el menú consigna que se debe dejar el 15% o más si el servicio lo ha dejado muy satisfecho. Si no está satisfecho debe quejarse en la caja. O sea, no puede dejar menos del 15% aunque esté disconforme: Corresponderá, en tal caso, consignar la insatisfacción al cajero.

Es mi historia, es mi cuna de pobreza sin hambre, es mi padre, soy yo. Como dije mi mujer en otra circunstancia y por otro motivo, algo exasperada:

—“¡No seas vos!”

No tengo interés en cambiar, ni siquiera en reflexionar acerca de si estoy obrando bien o mal. Tampoco pretendo transmitirlo como enseñanza para nadie. Es mi historia, no la de otros. De todas maneras, tiene también su costado práctico. Recuerdo un libro para turistas estadounidenses en Nueva York, según el cual la propina no es el agradecimiento por el servicio recibido, sino la indicación del servicio que se desea recibir la próxima vez.

Funciona, vaya si funciona.

De ese mismo libro recuerdo consejos universales: No pedirle nunca indicaciones ni direcciones a una persona que está ocupada con su trabajo. Esperar que se desocupe y le dirija la vista; recién entonces cabe hacer la pregunta. Agregaría,

ni siquiera a una persona que está caminando. Estaba paseando por lo que era entonces Berlín Oriental, del otro lado de la cortina de hierro, cuando un chico de unos diez años se me acerca andando en bicicleta en sentido contrario y desde unos cinco metros antes de cruzarse conmigo me mira a los ojos y me pregunta:

—“*Wieviel Uhr ist es?*”

Era el muy simple ¿qué hora es?, pero hasta que lo decodifiqué en mi mente, el chico estaba cinco metros atrás mío, pedaleando sin pausa. Demás está decir que no comencé siquiera a elaborar en mi cerebro cómo decirle qué hora era y en alemán. Ni siquiera atiné a mirar el reloj, tan rápido pasó todo, tan lento fue mi cerebro en la decodificación. Tampoco, claro está, es el alemán mi fuerte.

El consejo completo para turistas (o nativos que se dirigen a un tercero desconocido, da lo mismo) sería entonces, no pregunte a nadie que no esté parado o sentado sin hacer nada. De lo contrario se reciben respuestas descorteses, como es habitual en algunas partes del mundo o, si no, mudas como la mía.

Creo que los únicos que ofrecen su consejo sin que le sea pedido son los británicos (y habitantes de otras ciudades culturalmente desarrolladas), cuando ven una persona dudando frente a un mapa o a los carteles de las esquinas. Su amabilidad es extrema y hasta lo acompañan al lugar que quiere ir, si estiman que las indicaciones pueden no ser suficientes. SEAN CONNERY, en una película hollywoodense de corte oriental, pronunciaba en el momento adecuado la frase: “*Perhaps I can be of assistance.*”

6. La Perle du Lac

Tengo muchas anécdotas gratificantes por haber sabido dar propinas, de acuerdo a mi capacidad económica y sin pretender llegar a los extremos muy novelescos, pero reales, de MACOCO DE ÁLZAGA UNZUÉ.

En el libro *Tirando manteca al techo (Vida y andanzas de Macoco de Álzaga Unzué)* encontramos sus propios relatos y más datos proporcionados por el autor ROBERTO ALIFANO. Su extravagante historia despertó mi curiosidad y también la de Hollywood, que entre variadas vinculaciones contemporáneas a su vida, hizo mucho después una película con GLENN FORD en el rol de *playboy* hijo de un rico estanciero argentino, a su imagen. Creo recordar que se llamaba *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Relata su actuación durante la guerra, la relación con los alemanes y los aliados como agente doble. El libro es más interesante aún, pues incluye su relación con AL CAPONE, ERROL FLYNN y un armador griego, entre otras cuestiones más, todo lo cual merece ser leído. Es como SCHOKLENDER, son datos a veces delictivos pero que un argentino debiera conocer.

Una que recuerdo en particular se divide en dos partes. Cuando iba dos veces por año a Ginebra por el Tribunal Administrativo de la Organización Internacional del Trabajo, quince días cada vez, era frecuente que todo el tribunal reservara un salón para agasajar a alguno de sus ex miembros que nos visitaba, o algún

miembro que se despedía. Todos éramos pues conocidos en el restaurante sobre el lago de Ginebra, *La perle du Lac*. Detalle al margen: No pagaba el tribunal, sino todos nosotros en forma personal distribuyendo los costos al día siguiente, para reembolsar al secretario que había pagado por nosotros.

Una vez cené con mi mujer y luego de pedir la cuenta dejé en efectivo la cantidad necesaria para cubrir el monto y la propina, le hice una seña al *maitre* para indicarle que partía y dejaba el dinero en la mesa. Recuerdo que estábamos caminando hacia la calle cuando, cincuenta metros afuera del restaurante, me alcanza para preguntarme si no me había equivocado. Le contesté que no, que estaba expresando mi agradecimiento por el excelente servicio recibido.

Algunos años después volví con mi mujer al mismo sitio, un sábado a la noche, sin haber efectuado reservas. Al ver el lugar lleno, hago un gesto para retirarnos pero veo que el *maitre*, mirándome y con la pericia que dan muchos años de trabajo e inteligencia, había hecho un gesto a otros mozos para que trajeran una mesa de otro lado. Me quedé, es claro, intrigado en primer lugar acerca de dónde podrían colocarla, puesto que el restaurante estaba colmado.

Descubrí que la colocaron en un lugar especial, muy cerca del piano, reservado por si alguien quisiera bailar, aunque nadie lo hiciera, en todas las veces que fui. Era un lugar fino y caro, pero no romántico porque el público era familiar y de trabajo, aunque confieso que al estar al lado del lago, mirando con mi mujer el chorro de agua (el famoso *jet d'eau*) que se eleva iluminado de noche y las luces de la ciudad en la orilla opuesta, resulta romántico como lugar.

En todo caso, allí nos ubicó el *maitre* una mesa especial y así cenamos. Jamás se me hubiera ocurrido siquiera pedir una mesa cuando era obvio que no existía ninguna disponible. Haber sido buen cliente y dado la propina adecuada al servicio que me hubiera gustado recibir, hizo que lo recibiera una y otra vez, con naturalidad.

Recuerdo que el *maitre* tenía la costumbre de saludar a la salida a los clientes especiales, como éramos los miembros del tribunal cuando reservábamos un salón en el restaurant. El idioma era el francés. En la ocasión de la mesa que nos puso aquel sábado a la noche, nos esperó como en otras ocasiones en la puerta de salida para despedirse y, por primera vez en todos los años que allí había estado, nos habló *en castellano*.

Era español y hablar en nuestro común idioma era, en el lugar, una gentileza especial. En otros países es común, sobre todo en Grecia, que el mozo sepa las banalidades apropiadas a la ocasión en varios idiomas y trate de adivinar el del cliente, pero esa no es la costumbre ginebrina, sepan o no el idioma. Quiso con ello significar un paralelismo con su gesto también inusual de hacer poner una mesa adicional para nosotros un sábado a la noche, sin reserva.

Para mí, que vengo de la profesión en mis años mozos, la propina no es una cuestión de dinero, es también y en primer lugar una cuestión de delicadeza, respeto, aprecio, agradecimiento.

No se le aplica, en absoluto, aquella reflexión sobre la “*timely application of that perennial solvent of reluctance, a handful of dollars.*” SHERWIN B. NULAND, *How We Die. Reflections on Life's Final Chapter*, Knopf, cuarta reimpresión, Nueva York, 1994, p. 25.

Curiosamente, si bien la frase es de NULAND, él cita como referencia un artículo de 1878 de ADAM HAMMER, “*Ein Fall von thrombotischem Verschlusse einer der Krankarterien des Herzens,*” publicado en Viena. Uso la frase de NULAND que en su momento me gustó en su literalidad. La frase original de HAMMER, menos lograda, era “Frente a este remedio universal aún las más leves hesitaciones [...] eventualmente ceden.”

Es claro que no pretendo dar clase de nada, solo explico lo que sé que sentía cuando servía y recibía propinas y lo que estoy seguro que transmito cuando doy propina.

7. *El antipóster*

Esto se presta para muchos comentarios y desarrollos que no haré en este libro. Pero sí me recuerda el comentario de un profesor de metodología de la investigación con quien, junto a otros cuatro profesores de la O.E.A. de diversa nacionalidad, compartimos cursos por toda América Latina durante muchos años, desde comienzos de la década del '60 hasta 1978.

Con él en particular hablamos de todo, en las larguísimas horas de inactividad en cualquier pueblo del interior latinoamericano (o ciudad, o capital), cada vez que terminaban nuestras clases y hasta caer la noche o en los fines de semana intermedios. Esos fueron todos viajes de trabajo, en los cuales aprendí mucho, en vivo y en directo, de la polifacética América Latina.

Decía mi amigo, quien tenía importantes preocupaciones sociales (trabajaba con la Iglesia, de la cual era asesor teológico, además de ser amigo del padre MUGICA) que yo era el antipóster de la izquierda, pues demostraba que se puede atravesar las clases sociales sin la revolución armada.

8. *El arte de la no pelea*

Otra faceta de mi personalidad comienza con un relato de mi padre referido a cuando yo tenía tres años. Había regresado llorando porque un chico me había pegado y mi padre me aconsejó que si volvía a hacerlo, entonces le pegara yo también. La siguiente vez volví muy satisfecho para informarle que había hecho eso y el otro chico no me había molestado más. Si bien no recuerdo el incidente, sigo satisfecho de su memoria, indirecta en el relato.

Aún sin leer el contenido, mi mujer espía este subtítulo y se ríe: Para ella, soy peleador. Algunos de mis amigos dicen que me *gusta* pelear, pero en verdad lo

hago cuando resulta necesario, no por deporte ni menos con placer. No tolero la injusticia ni el desconocimiento de mis derechos, *debo* rebelarme.

No sé quién se ajusta a la verdad. Tal vez discrepemos en cuanto a cuáles hechos son causa suficiente para una queja formal y cuáles no. En cualquier caso, mi susceptibilidad a la agresión intelectual, verbal o física, es grande.

Otra anécdota y consejo de mi padre, lo leí luego en forma similar en *El arte de la guerra* de SUN TZU: Toda pelea (en el caso de SUN TZU, toda *guerra*) se gana o se pierde *antes de empezarla*. En la guerra están dadas de antemano las condiciones para ganarla o perderla. En la pelea, casi nunca hace falta siquiera hacerla, a menos que se enfrente a un psicópata, drogado o beodo, en cuyo caso lo mejor es evitarla, desde luego.

La actitud frente al eventual contendiente, en los demás casos, resuelve la contienda de antemano, sin necesidad de golpes. Presencí muchas veces amagos de peleas en las que todo se resolvía sin la violencia, aunque sí, a veces, con el suave y amenazante contacto físico. Es la amenaza creíble lo que funciona, no hace falta superar el umbral del golpe.

Como se advierte, nuestro ambiente no era de lo mejor, enfrente del Mercado de Abasto de Avellaneda hacia el fin de la primera mitad del siglo XX, aunque todo el barrio ha mejorado y el Mercado hoy no funciona en ese edificio, sino el Rectorado de la Universidad Nacional de Avellaneda.

Ver el gráfico de la p. 236.

Pero mi personalidad y ambientación iniciales las sigo arrastrando, no sin cierta satisfacción. Aquel ambiente y comportamiento lo volví a ver en una puesta en escena de *El conventillo de la Paloma*, en Buenos Aires del siglo XXI: Dos guapos de comienzos del siglo XX sacan pecho y empujan hacia el frente, desafiándose, pero no llegan a la pelea.

Leí también que los gorilas en la selva, cuando se encuentran frente a frente, se golpean el pecho con los brazos, gesticulan y braman, desafiándose, hasta que uno de los dos se da por vencido sin dar pelea y abandona la confrontación.

Nunca escapo entonces a la pelea, enfrente al contrincante, estoy dispuesto a lo que sea y eso ha hecho hasta ahora que *nunca haya tenido un intercambio real de golpes*. Mis años de aprender teatro con NORMAN BRISKY, el ejemplo del gorila, más la lección y el repetido ejemplo de mi padre, me han enseñado todo lo que sé y he desarrollado en esta materia teatral del apronte callejero para la gresca que no será.

En el campo, he aprendido el valor de las armas de fuego (por supuesto, para exasperación de mis hijos) y que su uso sigue parecidas reglas, que deben permanecer en el anonimato.

Ahora bien, no olvidar que mi padre también me enseñó a no ser tonto. Lo que utilizo para los amagos callejeros no lo utilizo en mi profesión de abogado. Allí las reglas y el arte son otros. Una vez me trajeron un caso absurdo, de mucha cuantía económica, que me había reenviado un colega con el mensaje,

—“Andá a verlo a GORDILLO, que no le tiene miedo a nada.”

El caso lo rechacé sin el menor atisbo de duda. Como suelo también decir, estoy muy encariñado con mi propio pellejo, porque es el único que tengo y deseo conservarlo lo más posible.

Solo se puede sobrevivir con honor (sin actos de cobardía ni convertirse en delator voluntario de la dictadura, como lo hicieron conmigo) con extrema cautela y prudencia, entereza y coraje, pero no con la puesta en escena de *El Conventillo de La Paloma*, ni con el despliegue de los gorilas o el teatro de NORMAN BRISKY.

Pero también allí me sirvieron las enseñanzas y los relatos de mi padre, que además de haber hecho la carrera de suboficial en la escuela Sargento Cabral, era partidario del servicio militar obligatorio, fue jefe de policía en un pueblito de la Quebrada de Humahuaca en Jujuy, designado por el gobierno del Partido Radical hasta que con el golpe del 30 lo despidieron, poco después que depusieron por las armas al gobierno nacional de ese partido, electo por el pueblo.

Le gustaban los desfiles militares y las historias de guerra *reales* y se fue en colectivo desde Avellaneda a Plaza de Mayo a presenciar más de cerca el bombardeo de 1955. *Nunca contó nada*. Años después me enteré bien de lo que había pasado en cuanto al bombardeo y las muertes. Imagino que mi padre fue un testigo temerario, como a uno de mis hijos también le gusta serlo. Aunque no lo sepa, tiene a quién salir.

Así fue la educación de mi padre hacia mí, muy entretrejida con vacíos y omisiones cuyo significado fui comprendiendo a través del tiempo. Espero que mis hijos lean esta historia del abuelo paterno, les completará un poco el cuadro.

9. *Mi rebeldía frente al poder*

Ya conté que mi padre recibía la observación de “Mirada demasiado altanera” en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral. Registré el dato de la importancia de la mirada y la utilizo. Pero esa invocada altanería de mi padre era su forma de revelar un dato que fue también característico de mí, la rebeldía frente a la autoridad. No soporto bien el ejercicio de autoridad sobre mí. Mis hijos tampoco.

Este dato genético tiene comprobación ulterior en cuanto a su racionalidad: NAIM, MOISÉS, *The End of Power*, que también recuerdo en la p. 357.

9.1. *Año del Libertador General San Martín*

En la escuela primaria me causó bastante disgusto que en el año 1950 se sobreimprimiera un sello en todos los cuadernos y todos los manuales: “1950. Año del Libertador General San Martín.” Nunca tuve entonces bien en claro el por qué de mi disgusto, por cuanto nada tenía en contra de San Martín. Luego advertí que lo que me disgustaba y disgusta era y es la imposición del lema oficial, como todos los lemas oficiales incluso conmemorativos. No me gustó nunca, ni me gusta hoy, ninguna forma de propaganda oficial.

9.2. *My Reason for Living*

En tercer año de la escuela secundaria recuerdo una clase de la profesora de inglés, tratando de cumplir con su mandato curricular de enseñar *La Razón de mi Vida* en inglés. Alcanzó a discurrir sobre si la mejor traducción del título sería “*The Reason of my Life*” o “*My Reason for Living*,” dejando librado a la reflexión estudiantil cuál sería la elección correcta.

Con el tiempo, mi sangre andaluza contaba este episodio agregando que lo mismo había ocurrido con francés y latín, pero en realidad no tuve francés ni latín en la escuela secundaria. Pero sonaba lindo y yo lo contaba, que había traducido ese libro al inglés, francés y latín. Por eso los intentos oficiales de adoctrinamiento político en el sistema educativo producen resultados opuestos en los jóvenes.

9.3. *El periódico “Enfoques”*

En quinto año de la escuela secundaria armamos un periódico con mi amigo NÉSTOR FELDMAN. Lo llamamos *Enfoques* y alcanzamos a publicar dos números en ese año, 1955. Lo sufragamos nosotros y lo distribuimos gratis. En pocos años dejé de tener ejemplares y no sé qué había en ellos. Escribía y publicaba muchos pequeños alegatos sobre la cosa pública, la *Res Publica Argentina* que después así denominamos en la revista RPA para la *Revista Argentina del Régimen de la Administración Pública*, RAP.

Sí recuerdo que para gran desasosiego de NÉSTOR, una vez que no había estudiado para una clase, resolví “ratearme” esa clase. No tenía sentido, ni lo había siquiera imaginado, esconderme o escaparme del Colegio por ese día, o no haber asistido, pues era apenas una hora de clase la que no había preparado.

En las últimas revisiones, mayo de 2014, aflora a mi memoria un recuerdo muy escondido: En Ascensión, pedí permiso a mis padres para no ir a la escuela “porque no me sentía bien.” Rato después mi padre advierte que estaba jugando, sin malestar alguno ostensible. Me llevó suavemente de una oreja a la escuela. Obviamente la lección de no ratearse todo el día fue duradera. Ver, con todo, mi vivencia del cap. VII, § 8, p. VII-13 / 227.

Resolví hacerlo a simple vista: Me dediqué a caminar por todo el colegio, subiendo y bajando escaleras, recorriendo pasillos, con paso veloz pero sin correr, como persona apurada porque está haciendo algo importante que le mandaron. Llevaba conmigo un ejemplar de *Enfoques* por si era confrontado y pensaba inventar que estaba autorizado por la Directora de la Escuela para hacer algo para la revista, o quizás que ella me lo había encomendado.

Para mi decepción, recorrí toda la escuela durante cincuenta minutos y no fui confrontado por ningún docente ni celador. Los pasillos estaban desiertos y cuando me crucé con una maestra que no conocía, por ende no la miré ni saludé y proseguí con mi paso vivo de persona con un claro objetivo, que no parecía “ratearse” cuando en realidad sí lo estaba haciendo.

No se le ocurrió preguntarme qué hacía caminando por los pasillos en hora de clase, pues mi forma de comportarme parecía demostrar que estaba haciendo algo necesario e importante, con las debidas autorizaciones u órdenes superiores. Esa experiencia, que no tuve necesidad de repetir, me dejó muy feliz.

Allí estaba una conjunción de la carta robada de EDGAR ALLAN POE, *La administración paralela* de mis años maduros, la actividad teatral que luego estudié con NORMAN BRISKY y las películas bélicas americanas en las que los prisioneros burlaban a los guardias alemanes en los *Stalags*. Estas comparaciones y reflexiones surgen recién ahora, al escribir este libro.

Esta historia verídica de la revista, la “rateada” y sus actuales evocaciones sirven como escenario previo en el cual insertar la escena siguiente.

9.4. *El acto y sus prolegómenos*

Pienso ahora que no se trataba de la rebeldía juvenil contra un régimen autoritario caído, era también revancha por haber creído, de niño, las bondades del gobierno que me enseñaban en la escuela.

En el colegio primario recordaba volver inocente a recitarle a mi padre, que después supe era radical, la tontísima frase: “Perón y Evita, en una cucharita.” Recuerdo asimismo haberle pedido, cuando iba a votar en las elecciones de 1946, que lo hiciera por Perón. Mi padre, con apenas un sonriente rictus, me decía, “Sí, nene.”

Luego vino la escuela primaria en Avellaneda con el sello “1950: Año del Libertador General San Martín” y una anécdota de quinto grado contada por la maestra a su complaciente auditorio, en el que me encontraba, acriticamente:

—“Hoy estuve tomando un examen a una persona mayor que no hizo la escuela primaria. Le pregunté quién era el Presidente de la República. No me quiso contestar.”

El murmullo de desaprobación hacia ese réprobo fue unánime en mi grado, complaciente a la actitud crítica de la maestra. Como ella aclaraba, “No le había hecho una pregunta política, sino institucional.”

Sí, de eso sabemos mucho en la Argentina.

El busto de yeso con pintura dorada que engalanaba la escuela secundaria lo tomé con mis manos y lo arrojé con todas mis fuerzas al medio de la calle en septiembre de 1955, destrozándolo. Mantengo la convicción de haber obrado bien.

9.5. Otras connotaciones del año 1955

Ya he contado cómo y por qué 1946 y 1950 fueron importantes para mí. Acabo de contar el punto de inflexión de 1955. Era el último año de mi escuela secundaria y lo pasé leyendo *Introducción al Derecho* para rendir al año siguiente en la Universidad. Cumplí 17 años, recibí el consejo de no estudiar en la sistemática Facultad, pero hacerlo después sin desfallecer, caso por caso, extra sistemáticamente en cuanto a cursos oficiales, pero día por día. Aún sigo haciéndolo con el mismo placer.

También en 1955 fue la elección en el Centro de Estudiantes de Avellaneda. Había un grupo que lideraba y era en cierto modo oficial, integrado por tres estudiantes de derecho. Yo comencé a armar un equipo diferente para pelear las elecciones. Nos mirábamos de reojo, y amigos comunes me dijeron que uno de ellos decía:

—“El día que Gordillo se reciba de abogado, si es que alguna vez se recibe, en la mesa de examen final estaremos nosotros tres.”

Fue una apuesta y un desafío errados. Gané las elecciones, me recibí de abogado y fui yo profesor de ellos tres, en diferentes años.

Con todo, mi presidencia del Centro de Estudiantes de Avellaneda tuvo sus aspectos negativos. En lo positivo, intenté hacer muchas actividades académicas y su organización y, a veces, el fracaso me enseñaron mucho para cuando luego fui el primer presidente de la Asociación Argentina de Derecho Administrativo. Éxitos y fracasos me fueron enseñando por igual.

En lo negativo, asistí por el Centro a un par simultáneo de congresos estudiantiles que se organizaron por ese mismo año en Buenos Aires, donde llené una ficha de inscripción que me hizo ingresar a los archivos de la Secretaría de Inteligencia de Estado.

Si bien se me escapó la naturaleza de ambos congresos, de los que nada útil tuve que informar al Centro que presidía, lo cierto es que tales archivos consignaron que yo había participado en tales encuentros de orientación “filo comunista.”

9.6. *Dos actos fuera de contexto*

Para ser nombrado decano en 1969 y 1973 era indispensable pedir el informe a la SIDE, que volvía con esas dos magras líneas. El comentario que me hicieron quienes pidieron y obtuvieron el informe, indispensable para realizar el nombramiento y percibir el sueldo, era que se trataba de una “tontería de la juventud.”

Yo no tengo en claro que haya sido una tontería de la juventud, ni tampoco de un error de la SIDE en calificar de “filo comunista” al congreso que se auto-numeraba como dos en uno, en que realicé una sola ficha y quedé “pegado” dos veces. No sé si consigna todavía esos datos, pero lo curioso es que suponiendo que fuera cierta la filiación política de la agrupación a la cual asistí un solo día y firmé la ficha, quedaba fuera de proporción con el resto de mis décadas, de las cuales nada más se agregó como constancia. Solamente el dato negativo de esa inscripción, ninguna de mis otras actividades republicanas y democráticas.

A la inversa, lo mismo me ocurre con mis conexiones a gobiernos militares. Los grupos estudiantiles y a veces de dirigentes académicos, no dejan de recordar esos dos cargos de decano en gobiernos militares, sin consignar tampoco mis otras actividades republicanas y democráticas.

En el primer borrador de este acápite escribí que en cada caso creí cumplir con un deber cívico.

Mi amigo JULIO RAFFO ha tenido a bien recordarlo y ampliarlo en el homenaje de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, <http://gordillo.com/homenajes.html>; transcripto *infra*, Libro II de este t. 10, sección III, pp. 637-8. La información correspondiente se complementa *infra*, cap. XIII, § 2, p. XIII-2 / 308 y § 3, p. XIII-5 / 311 y ss. y los diálogos que figuran en el cap. VIII, “Decanatos,” p. D-37 / 591 y ss.

10. *Gordillo y el miedo al hambre*

Cuestiono en la biografía de STEVE JOBS detenerse en aspectos que no hacen a lo que es su principal logro y nada tiene que ver en apariencia con éste.

En mi caso, dudo si todo lo referido al hambre y la gordura tiene sentido para entender mi personalidad conformando una suerte de simultáneo apetito literal e intelectual. ¿Existe correlación en mi apetito insaciable por aprender, que no llegó a sustituir el apetito excesivo para comer? ¿Eso me hace gordo o GORDILLO y estudioso, todo hasta la hora final?

Por otra parte, desde los veinte y hasta los treinta años mantuve peso similar, de persona *delgada*; al comenzar a los treinta años a engordar, hice régimen con pastillas hasta los cincuenta años y fui *muy* flaco ese largo período. Volví a engordar al dejar las pastillas porque habían prohibido las sustancias que el médico empleaba en ellas. Desde entonces ando con altibajos y toda clase de experimentos para bajar de peso, sin éxito.

Es una herencia importante como para ser contada, siendo la única crítica que recuerdo respecto a la educación que me dio mi padre y que él, a su vez, quizás recibió en su temprana infancia. Mi madre tal vez aprendió lo mismo de sus padres madrileños del siglo XIX.

Del estudio y aprendizaje me alegro, de la gordura no; pero el paquete vino cerrado, pareciera responder a un determinismo histórico. Así como aprendí de mi padre a no tener miedo físico, heredé de mis ancestros españoles del siglo XIX, pero en todo caso a través de mis padres, el miedo al hambre. El concepto no es mío, sino de uno de los incontables médicos que consulté por mi gordura, quien tenía una teoría antropológica al respecto. También era incurable, a juicio suyo.

Mis abuelos maternos eran madrileños del siglo XIX que emigraron en el XX a la Argentina y Carolina, mi madre, nacida en nuestro país, tenía fortísimas referencias críticas hacia sus ancestros remotos, calificándolos de “muertos de hambre.” Era su forma favorita de desacreditarlos, por más que se refiriera a dichos tal vez escuchados de sus padres en relación a su propia realidad en la España del siglo XIX. Muchas veces intenté convencerla que estaba equivocada y era al propio tiempo injusta con la España contemporánea. Sus oídos fueron sordos.

La afirmación muestra, en su tozuda reiteración, que *la necesidad de alimento hasta el punto del exceso estaba incorporada a nuestra cultura familiar*. De allí el apellido. Imagino que, como dijo la médica de Shanghai que consulté en la Argentina, habremos ganado este apellido gracias a ser obesos en una economía y cultura donde imperaba la hambruna. Claro que así hemos venido acortando nuestras vida, generación tras generación.

Imagino que a los DELGADO les ha ido mejor en la adaptación para la supervivencia de las especies. Pero mis hijos y sus hijos son delgados aún con la portación del apellido Gordillo.

De niño era de contextura normal, pero mi padre tenía miedo a lo que llamaba el estirón de la adolescencia, de modo que me transformó en un niño obeso, con eficaz ayuda de mi madre.

Cuando pegué el estirón de la adolescencia quedé flaco, pero con pancita. Desde entonces lucho contra el progresivo exceso de peso y hasta hace apenas un lustro me acostaba a la noche comiendo de más, sin hambre, para no despertar a la noche con hambre.

La médica china con diploma de Shanghai que antes referí, luego de escuchados mis antecedentes me dijo:

—“Obesidad infantil y con ese apellido: ¡Incurable!”

11. *Felicidad. Descanso*

Dado que pienso publicarlo en *Internet* y no dejaré entonces algo para que sea dicho desde el más allá, este relato para nada se equipara con el libro final de BIOY CASARES *Descanso de caminantes*. Pues no estoy aún descansando, ni estoy escribiendo para el descanso. No me disgustaría sin embargo el chiste de la lápida en que constaría: “*Aquí sigue descansando Fulano de Tal.*” Algo parecido a la bellísima *Supplique pour être enterré a la plage de Sète*, de BRASSENS.

Pues siento y he sentido mis años como un continuo descanso, un continuo placer. Sé que no es cierto, pero tampoco tengo necesidad de ser coherente en mi relato interior si ello me hace feliz ¿verdad? Las personas lo hacen, los países lo hacen, los gobiernos lo hacen. La cuestión es saberlo, y *neminem laedere*, no dañar injustamente a nadie con el relato.

Sobre esta dicotomía individual o colectiva entre realidad e imaginación, ver el excelente, divertido e ilustrativo trabajo de YANNIS DROSSOS, “Una conferencia en Harvard y una cena en Buenos Aires,” *RPA, Res Publica Argentina*, 2008-1, p. 7 y ss., también publicado en griego como libro, en Atenas, al año siguiente. En clave de humor, es la versión griega del relato.

12. *El deseo de leer*

Acepto, pues ha sido confirmado por la experiencia personal ulterior, que de muy niño habría querido leer las tiras cómicas de las revistas. En todo caso, me acuerdo de algunas de las series de *Billiken*. Con dicho motivo, en el pueblito en que nací, donde setenta años después viven 2.500 personas (BRASSENS diría *Au village sans prétentions...*) mi padre me había enviado, según me contó, a tomar clases con la directora de la escuela del pueblo, para satisfacer mi deseo de leer las tiras de dibujos animados.

Ello significó que aprendí lo suficiente para saltar primer grado inferior y entrar a primer grado superior. También fue una temprana lección de lo que luego sería *La administración paralela*, de la cual mi padre me dio muchísimos ejemplos tácitos. Porque fue la propia directora quien estaba en condiciones de determinar y decidir, si yo tenía o no aptitudes para entrar a primer grado superior, como lo hice.

Me acostumbré de entrada a ser el más joven, primero de la fila por tamaño, de menor a mayor. En la secundaria las palabras de papá eran que debía estar entre los siete u ocho mejores y, jamás de los jamases, repetir un año. (Implicaría perder toda mi ventaja inicial.)

No recuerdo en absoluto mis clases particulares con la directora de la escuela. En cambio, rememoro el intento de mi padre de sentarme para tocar el piano, él a mi lado, yo con cuatro o cinco años y absoluta incomodidad. Fue una sola vez y no volvió a intentarlo. Es que él tampoco sabía tocar ni, por lo tanto, enseñarlo.

Tal vez imaginó por un instante lo que luego STEVE JOBS impuso a las nuevas computadoras: Ser “instintivas” y “amigables,” en que el usuario aprende con la natural curiosidad de un niño que explora su entorno y experimenta, sin manual de aprendizaje. El manual es el usuario y su grupo de relaciones; de paso nos ahorramos todos unos dólares. Mi padre se adelantó varias décadas pero fracasó en implementar la idea.

13. *Aprobado, bueno, distinguido ¿sobresaliente?*

De ese conjunto de preceptos yo construí uno adicional, de mi propia cosecha pero una derivación natural de los anteriores: Jamás ser un alumno “Sobresaliente” como promedio. Consideré que aspirar a esa nota era un mal empleo del tiempo, pues se dedicaba una dosis muy grande de esfuerzo extra para pasar de lo que sería 8 ó 9, a un 10 absoluto en todas las materias curriculares; el esfuerzo de un 3 a un 4 es indispensable; de un 9 a un 10, absurdo. Parece más sensato, de lejos, dedicar ese tiempo y esfuerzo adicionales a intereses extra curriculares.

Cuando hice los expedientes del curso para los alumnos, establecí un reglamento por el cual el alumno que aspiraba a “10” debía señalarlo por escrito al comienzo del curso.

Ver la segunda edición de *El método en derecho*, en el tomo 6 del *Tratado*, Buenos Aires, FDA, 2012, libro I, <http://www.gordillo.com/tomo6.html>.

Nunca nadie me avisó que aspiraba a “10” en el resto de mi carrera docente universitaria, en tanto que varios se habían quejado, antes, que les había arruinado un promedio de sobresaliente absoluto poniéndoles un “9,” distinguido. Jamás pude entender cómo un “9” puede perjudicar a alguien en su carrera, aunque entiendo *cerebralmente* el concepto de abanderado, diploma (y/o medalla) de honor, medalla de oro, mejor alumno. La pregunta es: ¿Sirve para algo?

Similares reflexiones en un *mail* de comienzos de siglo, *infra*, Libro II.

Se podrá replicar que sirve como antecedente laboral, pero ROBERT SAMUELSON destaca que a los seis meses de entrar a trabajar al mismo lugar el mejor egresado de Harvard y el egresado de la peor Universidad, ganan según el mérito y calidad de su trabajo efectivo, **no** de acuerdo a sus antecedentes y notas previas. El sueldo inicial de un recién egresado puede ser influido por las notas universitarias, pero luego la *performance* decide.

Dicen mis amigos que el promedio cuenta para hacer el doctorado en una Universidad extranjera. Pero creo que lo hace cuando proviene de instituciones que enseñan a pensar, no a retener información perecedera. En el primer caso la nota es un *test* previo de creatividad, inteligencia, imaginación, no uso de la memoria. En el segundo es un lastre.

Ser el mejor egresado de una Facultad que enseña a pensar no es comparable con ser el mejor egresado de una Facultad en que recibe mejores notas el que acumula y recuerda más información; no el que mejor resuelve problemas. Tener memoria es bueno, emplearla en retener información que consta en múltiples lugares, no. Quien no sabe resolver problemas, por otra parte, no progresará mucho en la profesión de abogado. En estos casos el mejor promedio no hace al mejor abogado.

14. *La realidad: El otro capítulo*

Otra vez partiendo desde la infancia, por uno más de los senderos de la historia, vuelvo a la cuarta década, aquélla en que la luz orientadora de mi padre se apaga, pero no para mí. Y allí hay cuanto menos dos historias superpuestas.

La que debiera ser de interés e importancia para todos es ¿Cómo se estudia? ¿Cómo se aprende? ¿Cómo se crea? ¿Cómo se escribe? ¿Cómo se divulga el pensamiento? ¿Cómo se enriquece el pensamiento?

Son preguntas que de algún modo objetivo abordé en *El Método en Derecho* y en *Introducción al Derecho*.

Aquí lo encaro de manera subjetiva, contando qué hice, qué me aconsejó mi padre. O al revés, pues ambos nos confundimos en uno en la memoria. Al introducir esa versión subjetiva cambia el registro. Pues aunque esté hablando del tema aprender, estudiar, enseñar, el colorido del anteojito le da una tonalidad muy distinta. Aunque no lo quisiera, el tema central somos mi padre y yo y todo lo demás pasa a un segundo plano.

Regreso entonces a mi primera infancia, en el siguiente capítulo.